

CRISTOVAM BUARQUE, *Un nuevo mundo feliz. Diccionario personal de los horrores y las esperanzas del mundo globalizado* (Madrid: Taurus 2010) 286 pp. ISBN: 978-84-306-0777-8

En la contraportada de este libro podemos leer que “resulta sorprendente la cantidad de neologismos y sinsentidos que cualquier ciudadano puede encontrar” al asomarse hoy a los medios de comunicación social. En este nuevo mundo globalizado, Cristovam Buarque (Recife, 1944) propone un diccionario muy personal en el que, a lo largo del abecedario, va desglosando diversos términos necesarios para entender la situación actual de la humanidad. El autor, ingeniero mecánico y doctor en Economía, es profesor en el Centro de Desarrollo Sostenible de la Universidad de Brasilia, de la que también fue rector. Miembro del Partido Democrático Laborista, ha tenido un importante recorrido como político en Brasil, ya que ha sido gobernador de Brasilia, ministro de Educación y candidato a la Presidencia del país, y actualmente forma parte del Senado, donde preside la Comisión de Derechos Humanos.

Se trata de un libro de carácter divulgativo, en un ámbito amplio que podríamos considerar de análisis sociológico. No se trata, por lo tanto, de una obra que verse sobre religión (de hecho, como tendremos ocasión de ver, ésta apenas aparece). Si escribo esta reseña es porque puede considerarse un buen exponente de la consideración que muchos hacen del fenómeno religioso desde posturas nada combativas, sino pretendidamente neutrales y moderadas. El título hace una referencia clara a la novela *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, mostrando así que, bajo una apariencia de positividad, la humanidad no funciona tan bien como se nos quiere mostrar.

En forma de diccionario, Buarque define términos que proceden, sobre todo, de la pobreza y la exclusión, las diversas injusticias sociales, el medio ambiente y la ecología, la política internacional y el armamento, el transporte y las comunicaciones, la educación y la desprotección de la infancia, la economía y las finanzas, el consumo

y los estilos de vida, la ética y el humanismo, etc. Como señala en la presentación, “la modernidad ha cubierto la realidad con un velo de palabras que se ha apropiado de las cosas y ha pasado a definir las conforme a los intereses de los modernizadores” (p. 23). Según el autor, hay palabras antiguas que pierden su sentido, mientras que otras aparecen en un contexto novedoso: el de la globalización. Por eso presenta el libro como un diccionario personal, incompleto y provisional. Mi análisis no se va a detener en aspectos generales de la obra, sino en su tratamiento –tan peculiar– del hecho religioso. Aunque sí cabe hacer alguna observación sobre la posición desde la que escribe Cristovam Buarque, que es claramente de izquierdas y con una asunción plena de postulados de Marx, y con una visión de la realidad, del hombre y de la historia que resumen bien sus propias palabras: “es perfectamente posible imaginar que la historia sucede por azar. [...] El mundo puede resumirse en una historia de encrucijadas de la civilización. Hace diez mil siglos, algún animal se transformó en lo que devendría el ser humano. Hace mil siglos, ese animal empezó a comportarse como un ser humano” (p. 109).

Detengámonos ahora en las referencias que hay a las religiones a lo largo del libro, que no son muchas, por lo que el repaso será breve. Cuando se habla de la *brecha vital*, se dice que “tradicionalmente, los reyes, los sacerdotes y los aristócratas siempre han sido tratados de un modo distinto a los pobres” (p. 46). El clero sale a colación cuando se habla de desigualdad, aunque se está hablando de un tiempo pasado. Otro término definido es el de *buen cristiano*, que se vacía de contenido religioso, retomando el sentido de los “buenos cristianos” del siglo XVI que ayudaban a los indígenas americanos pero no los reconocían como iguales: “el nuevo cristiano de la modernidad tecnológica defiende los derechos del pueblo de la calle pero no lucha para que no haya más personas condenadas a vivir en ella” (p. 48).

Hay una alusión clara a la religión cuando el autor explica el origen del sistema indio de castas y lo compara con la situación actual: “progresivamente, se erige un sistema de castas modernas o neocastas en el que ya no son necesarias ni la teología ni la mitología” (p. 56). Este tema se repite al explicar el concepto de *neocastas* (p. 184), y aparece por primera vez el término *teología de la segregación social*. También hay una referencia a las desigualdades de los países de confesión musulmana (p. 171). Nos encontramos, sorprendentemente, con una entrada dedicada a *Jesús...* pero se refiere al apellido de un niño brasileño que, a los 8 años, perdió la vista de los dos ojos por sendos accidentes laborales. En otro lugar podemos encontrar referencias de pasada al culto al cuerpo y otras conductas que se corresponden con el vacío existencial que tienen los jóvenes privilegiados de los países ricos.

Cuando define el término *lucha ética*, el autor escribe: “la actual crisis de la sociedad industrial impide la formulación de propuestas éticas y políticas sólidas que conformen una nueva utopía capaz de superar el capitalismo y el socialismo, y de crear una nueva realidad social” (p. 166). Más adelante, otras afirmaciones relegan de nuevo lo religioso a algo ya pasado y, por supuesto, superado: “así como algunos teólogos como Tomás de Aquino marcaron el final de la Edad Media, otros filósofos como Adam Smith o Karl Marx inauguraron la era de la economía” (p. 192). El término *pagano civil* también es vaciado de contenido espiritual, al referirse a los niños que mueren sin haber sido inscritos en el Registro Civil, y que no engrosan las estadísticas. Hablando del Producto Interior Bruto (PIB) y de los nuevos modos de mensurar las posesiones, afirma que “durante la Edad Media, con el predominio de la Iglesia católica, la riqueza se medía por la virtud, la espiritualidad y la esperanza de una vida eterna” (p. 203). Únicamente se cita a una organización de impronta religiosa: Solidaridad Cristiana Internacional, “una entidad filantrópica suiza que compra esclavos, sobre todo en África, para liberarlos después”. Aclara el autor que “ya existía hace más de cien años y que, para sorpresa de muchos, sigue siendo necesario en el mundo globalizado de comienzos del siglo XXI” (p. 245).

Se han podido ver varias ideas constantes en estas líneas, que se condensan muy bien en las entradas *teología de la segregación social* y *teólogo de la segregación social*. Leemos que “además de dar respuesta a las preguntas existenciales desde un punto de vista espiritual, las religiones sirven para reafirmar y legitimar la desigualdad. El caso de las castas en la India es un ejemplo milenario; en el Brasil colonial, la Iglesia católica resultó decisiva para justificar la esclavitud y que los pobres se conformaran; asimismo, el papel de los teólogos protestantes de Sudáfrica, a partir de la década de 1930, resultó fundamental para organizar la sociedad del *apartheid*. Actualmente, la teoría económica conforma y legitima la segregación social. La economía teje el velo de la modernidad que esconde la realidad y le otorga la apariencia que desea, como hacen los textos sagrados al definir sus dogmas y describir el paraíso. Al igual que las religiones tienen sus cultos, sus cosmogonías y sus liturgias, la teoría económica tiene su historia y su evolución, sus normas de comportamiento y sus rituales: todo para vender el sueño de un paraíso en la Tierra [...]. La teoría económica se implantó a costa de negar aquello que proponía: la construcción de una utopía ética en busca de la igualdad. Aún así, acabó siendo aceptada gracias al trasfondo místico de una ciencia transformada en teología” (pp. 254-255).

Volviendo a la comparación histórica, Buarque escribe que “igual que algunos misioneros –que acompañaban a los colonizadores en la conquista de América–, que justificaban la muerte de los indios porque creían que no tenían alma, los economistas partidarios de la

implantación de la modernidad tecnológica encuentran argumentos para justificar la desigualdad, la miseria y el hambre al lado de la superriqueza. Así, sustituyen el alma por el dinero, la hostia por el consumo, el cielo por el progreso, el altar por las mesas de operaciones de las bolsas, la virtud por el PIB, el Evangelio por planes y programas políticos, el púlpito por la cátedra, el sermón por los programas de televisión, la oración por las estadísticas, la liturgia por las inauguraciones y las catedrales por los centros comerciales, los bancos, las refinerías, los viaductos y las autopistas” (p. 256).

Han sido dos citas extensas, pero creo que necesarias para comprender la orientación de toda la obra en cuanto al tema religioso. El autor no está en contra de la religión, ni mucho menos. En realidad, ésta no aparece en el mundo actual como algo relevante. Simplemente, no existe. Ni Dios, ni los creyentes, ni siquiera las religiones como grupos sociales con una actuación determinada en la cultura contemporánea. Las referencias a lo religioso son escasas y, como ha podido verse, referidas al pasado con una connotación claramente negativa. Por lo tanto, ahora ni están ni se las echa de menos, porque aquello que venían a cubrir ha sido asumido, sobre todo, por la economía. Por supuesto, todos los conceptos éticos de este peculiar diccionario se ven desprovistos de cualquier substrato metafísico.

Ahora bien, resulta sorprendente que un brasileño con el currículum que he resumido no incluya entre tantas páginas otras referencias al fenómeno religioso y, más en concreto, a lo cristiano. Fuera de las referencias a algo arcaico que quedó en una fase mitológica y medieval de la historia humana, y que no tiene mayor repercusión en el mundo contemporáneo. ¿Dónde está lo que ha supuesto a nivel teórico y práctico desde el siglo XIX la Doctrina Social de la Iglesia? ¿Dónde queda, si miramos más atrás, la contribución del cristianismo para la elaboración teórica del Derecho de gentes? Y, a lo largo de los siglos, y también ahora, ¿dónde la vida entregada de miles de creyentes entre los más pobres? ¿Dónde están tantas ONG que han surgido de las confesiones religiosas, dónde los misioneros y dónde los voluntarios y activistas cristianos? ¿Dónde queda la importancia del diálogo interreligioso en el mundo actual? Es más que sospechoso que el autor olvide, en su contexto sociocultural, las experiencias que podrían ser más cercanas a su propia realidad ideológica, como la Teología de la Liberación o las comunidades de base. ¿No fue el arzobispo Hélder Câmara, según cuenta la propia biografía oficial de Cristovam Buarque, quien le ayudó a conseguir la beca para estudiar el doctorado en París?

Muchas preguntas que esperan una respuesta. Y, mientras tanto, nos queda un libro bien interesante que pretende ofrecer una radiografía de un mundo globalizado atravesado por la injusticia y

la desigualdad, pero que deja fuera algo tan importante para el ser humano como su trascendencia y las formas sociales y culturales que esta búsqueda y esta necesidad ha originado, cristalizadas en la existencia de las religiones y en la vida peculiar de millones de personas que creen que hay algo más. Sería aconsejable que el autor hiciera una pública confesión de fe al estilo de Comte, mostrando que está convencido de que ya pasó el tiempo de las religiones, y de que al hombre del mundo globalizado le sobra todo eso que huele a superstición. Desgraciadamente, la humanidad sigue como sigue, y no puede arreglarse arrinconando todo lo que nos recuerde a Dios.

Luis Santamaría del Río

MOZELLA G. MITCHELL, *Crucial Issues in Caribbean Religions* (New York: Peter Lang 2006) XVI + 265 pp. ISBN: 0-8204-8863-1

La contraportada del libro resume bien la pretensión de la obra, nada fácil por cierto, ya que se trata de analizar las “intersecciones” que se dan en el Caribe entre las grandes tradiciones religiosas y los cultos sincréticos afroamericanos. Sin embargo, se ha encargado de esta monografía una buena conocedora del tema, a juzgar por su perfil académico. La profesora Mozella G. Mitchell, doctora en Literatura y Teología, es jefa del Departamento de Estudios Religiosos en la Universidad del Sur de Florida, en Tampa. En el prefacio, la autora hace notar la importancia que ha tenido la religión en la configuración de las identidades nacionales americanas tras el descubrimiento del “Nuevo mundo”, ya que cada pueblo colonizador trasplantaba sus propios credos. En un período breve de la historia, pero muy convulso en esta región geográfica que es el Caribe, se ha desarrollado una realidad sociorreligiosa compleja, por eso Mitchell se propone “explorar y clarificar las prácticas religiosas caribeñas en toda su complejidad y diversidad, y disipar los malentendidos y miedos que se han construido durante largo tiempo en torno a manifestaciones perfectamente legitimadas y saludablemente religiosas” (xii-xiii). Considera, por tanto, que estos cultos han sido y siguen siendo amenazados o, al menos, puestos bajo sospecha.

En el primero de los nueve capítulos del libro, la autora analiza a grandes rasgos cómo se dio en la historia moderna el encuentro entre las religiones de los pueblos colonizadores y los cultos preexistentes en Centroamérica. Explica cómo entendió Occidente la religiosidad y el sentido de lo sagrado de las culturas indígenas, y considera prácticamente una masacre la conquista por parte de la Corona española, que cristianizó además a los pueblos nativos, elaborando algunos de éstos un paralelismo entre los elementos doctrinales de la nueva fe y sus creencias previas. Se da, pues, desde el inicio, el

sincretismo. Lo mismo ocurrió con posterioridad en el encuentro con otras naciones europeas protagonistas de la colonización, y sus respectivas confesionalidades: denominaciones protestantes, judíos, etc.

Sin embargo, el hecho crucial que marcó la configuración espiritual del Caribe fue la introducción masiva de los esclavos africanos, que comenzó en 1510, para el trabajo sobre todo del azúcar y el tabaco, lo que supuso el movimiento de varios millones de personas con una vivencia religiosa peculiar y propia, que o no era tenida en cuenta por los negreros, o era acusada de superstición por las autoridades religiosas y civiles. Si bien la práctica del islam no pudo sobrevivir en el nuevo contexto, “las religiones indígenas o tradicionales africanas pudieron y de hecho sobrevivieron a las dificultades de la vida en las plantaciones. Aunque esas religiones sufrieron cambios en el nuevo mundo, permanecieron reconocibles en su estructura y forma, y demostraron ser adaptables a las nuevas situaciones” (p. 17). El capítulo continúa describiendo algunos rasgos generales de estos cultos eminentemente animistas, y su interacción con los pueblos precolombinos, además de hacer una referencia breve a la introducción, por parte de los asiáticos, del islam y el hinduismo.

El segundo capítulo se acerca a la situación actual de la interacción del cristianismo con las culturas locales del Caribe, comenzando por la expansión del protestantismo desde su implantación en la zona, continuando por la adaptación y sincretismo afroamericanos (como la identificación del santoral católico con el panteón yoruba, por ejemplo), para terminar con la consideración de los problemas que trae consigo este encuentro interreligioso tan peculiar. Se habla de transformación y “africanización”, no sólo del cristianismo, sino también de las religiones islámica e hindú. El tercer capítulo describe los desafíos que plantean estas espiritualidades afroamericanas a la espiritualidad cristiana. Según Mitchell, ante la realidad sociorreligiosa del Caribe, los católicos y protestantes “han afrontado y siguen afrontando uno de los mayores desafíos de la historia religiosa cristiana” (p. 41). Por un lado está el sincretismo propio de los cultos africanos al encontrarse con la fe cristiana, y por otro lado encontramos la asunción que las religiones orientales hacen de algunas doctrinas del cristianismo en el contexto centroamericano, lo que hace más complejo el asunto. Hay casos, como sucede en el Rastafarismo, en los que se emplean términos del lenguaje cristiano, pero su sentido y contenido son modificados, o al menos entendidos muy “sui generis”.

El capítulo cuarto supone un gran marco que introduce y contextualiza lo que se va a ver detalladamente en los apartados posteriores del libro. La autora analiza, como dice el título de la obra, los “asuntos cruciales” de los siguientes cultos afroamericanos: la Santería cubana, el Vudú haitiano, el Candomblé brasileño y el Shangó de Trinidad y Tobago. “Estas cuatro religiones afrocaribeñas tienen

mucho en común, en la medida en que tienen el mismo uso de la cosmología africana; los orígenes de sus divinidades en las mismas fuentes del oeste de África o similares; su síntesis de santos, símbolos y otros elementos religiosos católicos; así como sus tendencias a ser inclusivos de otras religiones que encuentran en la región” (p. 55). Circunstancias variadas de sus países de implantación son las que hacen variar a estos cultos, que analiza Mitchell por orden. Entre otros temas, aborda en profundidad el sincretismo, y también algunos aspectos sociológicos de cada práctica ritual.

El capítulo quinto está dedicado a dos cosmovisiones espirituales que, a pesar de su mismo origen africano, se distancian en muchos aspectos de los otros grupos estudiados: Obeah y el Rastafarismo. Además del estudio sociológico y desde la antropología cultural, la autora analiza algunas muestras de la doctrina del rastafarismo a través de la música “reggae”, característica de este movimiento. En la misma línea de análisis sociocultural se mueven los capítulos sexto (dedicado al vudú de Haití), el séptimo (la Santería en Cuba y Puerto Rico, y el Shangó en Trinidad y Tobago) y el octavo (espiritualidades de Jamaica, entre las que destaca el movimiento Rastafari, pero donde se encuentran también el revivalismo, Obeah y los “bautistas nativos”).

A modo de conclusión, el capítulo noveno estudia las características generales de esta situación de diversidad cultural en el Caribe. Mitchell afirma que se da una concepción de la espiritualidad que va más allá de la religión, y lo ilustra con los testimonios de las personas con las que ha realizado su investigación, practicantes de estos diversos cultos y corrientes. Todos ellos son, en definitiva, formas de entender la trascendencia por parte de los caribeños. El estudio se completa con un interesante apéndice gráfico donde se muestra a través de la sucesión de imágenes una ceremonia de Santería –con el sacrificio de un ave de corral incluido–, y también fotografías relativas a la realidad del culto Shangó en Trinidad y Tobago.

Se trata de un acercamiento empático al fenómeno, estudiado con sumo respeto y casi ausente de crítica a lo que creen y practican los fieles a estos cultos sincréticos, desde un enfoque sociológico, elaborado con rigor y conocimiento del terreno. Un libro, pues, que consigue lo que se proponía: explicar un tema tan complejo en su situación actual y en su contexto preciso.

Luis Santamaría del Río

JAIME RUBIO ROSALES, *Guía de las sectas en Canarias* (Londres: Lulu Press 2009) 143 pp.

El autor de este libro, Jaime Rubio Rosales, se presenta en la contraportada como licenciado en Filosofía y Letras, historiador, especialista en cultura anglosajona, periodista de investigación y colaborador de varios medios. Y está publicado por una importante casa de autoedición basada en Internet, dato que en principio no nos dice nada sobre la calidad de la obra. Una primera ojeada muestra que el intento de acercamiento divulgativo al fenómeno de las sectas, encuadrado concretamente en las Islas Canarias, se queda a medio camino, siendo muy generosos con la obra, que sólo tiene el elemento divulgativo, y ninguno más, como podrá verse en esta recensión.

En la presentación se puede observar ya el planteamiento subjetivo y poco fundamentado del autor, que tras constatar que las Islas Afortunadas han sido refugio de las heterodoxias y lugar de pluralismo a lo largo de la historia, escribe lo siguiente: “para los formados en el catolicismo tradicional el florecimiento de esa variedad de creencias es fruto de la ignorancia. Sin embargo, puede ser todo lo contrario ya que la tolerancia va asociada a la cultura. Sólo quien conoce diferentes filosofías de la vida puede ser tolerante. En cambio, quien se aferra al pensamiento único, a la fe verdadera, se vuelve intolerante y persigue a todos los demás, como ha ocurrido a lo largo de la historia. En este libro he incluido en la categoría de sectas también a las Iglesias: católica, protestante, de la cienciología, etc... Para mí todos estos grupos y las otras sectas tienen unas características comunes que las definen” (pp. 7-8). Sólo con esta cita puede comprobarse el nivel intelectual y el rigor del escrito, que deja mucho que desear, o más bien todo. Basta con ver la última línea del prólogo para confirmar la sospecha que se tiene al comenzar al leer el libro, cuando Rubio se refiere a “los abusos de la Iglesia, ¿la madre de todas las sectas?” (p. 8).

Después de esto ofrece en una sola página un puñado de lo que él considera características de las sectas, mezclando algunas de ellas con otros elementos que sólo tiene algún tipo de sectas, y otros que podrían aplicarse a muchos grupos humanos no sectarios. Como muestra de precisión conceptual, un botón: “todas te levantan el dinero de una forma u otra” (p. 11). No espere el lector notas a pie de página citando autores u obras de referencia, ni apoyos documentales o en fuentes. Sospecho que la mayoría de la información tendría que referenciarse en base a artículos de prensa.

A continuación viene el catálogo, en el que el autor distribuye las sectas en *neonazis* (Nueva Acrópolis y El Cabrito, ésta propia de Canarias), *contactistas* (Orden del Templo Solar, Energía Universal y Humana, el grupo de Heide Fittkau-Garthe –psicóloga alemana afincada en Tenerife–, el grupo Aztlán y el Movimiento Raeliano), *esoté-*



*ricas* (masonería, Orden Rosacruz y Metafísica de Conny Méndez), orientales (Brahma Kumaris, Ananda Marga y budismo tibetano), *otras sectas* (santería, Fe Bahá'í y espiritismo), y *satánicas* (Ocinatas Otluc, Orden Illuminati, Satori, Hijas de Belcebú, etc.). Acto seguido, otra gran sección, donde Jaime Rubio sitúa a las *Iglesias* (incluyendo, por este orden: evangélicos, Iglesia de la Cienciología, testigos de Jehová, mormones, adventistas y un centro mariano aparicionista de Gran Canaria).

Y el capítulo estrella: las *sectas católicas*. Comienza “demostrando” que la Iglesia católica es una secta (aunque comienza diciendo que “no voy a pronunciarme claramente al respecto sino que aportaré una serie de datos y que cada cual saque sus propias conclusiones”, p. 93), y explica que Cristo no quiso fundarla, y que los evangelios canónicos están manipulados, y que la divinidad de Jesús es un préstamo del paganismo y del mitraísmo, y toda esa serie archiconocida de críticas infundadas y refutadas hace mucho tiempo. Tras esto, la continuación lógica es caer en todos los lugares comunes del anticlericalismo pseudo-intelectual del menor nivel: los dineros de la Iglesia católica, la COPE, la represión sexual y el celibato vinculados al abuso de menores, los crímenes de la Iglesia a lo largo de la historia, su complicidad con grupos terroristas contemporáneos o los misterios vaticanos del siglo XX. Para pasar después a las “sectas dentro de la gran secta”, es decir, el Opus Dei, el Camino Neocatecumenal y los Legionarios de Cristo. Concluye el libro con un pequeño repertorio bibliográfico (que, por cierto, sólo muestra una obra seria sobre el tema), los datos de contacto de algunas de las instituciones descritas (¿para qué?) y varias fotos (de pésima calidad, como las que salpican el resto de las páginas).

No es necesario hacer muchos apuntes críticos sobre este libro, porque lo descrito hasta ahora da buena idea de su nivel. En este momento sí puede decirse que habría sido difícil que cualquier editorial con una mínima seriedad hubiera publicado esto. Podríamos afirmar que no supera el estrato periodístico-divulgativo si el autor al menos hubiera contrastado sus fuentes y no se hubiera limitado a repetir determinadas ideas divulgadas en la prensa, que suele abordar estos temas por desconocimiento y por sensacionalismo. Porque considero que ni siquiera llega a eso. Las erratas tipográficas no son mayores ni más frecuentes que los datos erróneos y los nombres equivocados. Y, yendo a la subjetividad del autor, desde la primera página rezuma resentimiento contra la Iglesia católica, que le lleva a quitar importancia a importantes acusaciones contra algunas sectas, achacándolas a campañas de desprestigio e incluso de competencia por parte de la Iglesia, mientras que a ésta le aplica toda clase de barbaridades en aras de una campaña de “acoso y derribo” que al lector mínimamente informado y cultivado no puede producirle perturbación alguna, visto el nulo rigor empleado. Sin querer entrar

en cuestiones personales, y sólo a efectos de entender la obra en su contexto, creo que es interesante un rasgo del perfil biográfico del autor, que no aparece directamente en sus páginas, pero que sí se confirma cuando se leen los textos y se ven las fotografías. De hecho, el libro está dedicado a Menchu Galayo. ¿Quién es? Una ex-profesora de Religión católica en Canarias, que fue víctima de la secta contactista Aztlán, y que es muy conocida en España por su aparición en los medios de comunicación, pero más que por su antigua vinculación con el grupo sectario, por su campaña mediática y judicial contra el Obispado de Canarias, al que acusaba de haber prescindido de su servicio docente por su situación matrimonial irregular, vinculada a un tal Jaime Rubio Rosales.

Hay libros sobre sectas en los que los autores descargan sus iras contra un grupo en concreto, al que pertenecieron o del cual se consideran víctimas de una u otra manera. O que aprovechan para cargar contra la Iglesia católica o la confesión importante de turno. Pero al menos ofrecen información interesante y documentada sobre el fenómeno sectario. Aquí nos encontramos con un caso en el que desinformación y falta de rigor van de la mano con una aversión a todo lo institucional católico, transformada en un continuo ataque carente de toda seriedad. Flaco favor al estudio de las sectas, tan necesario, y también, por qué no, flaco favor a los que quieran ser críticos con la Iglesia con un mínimo de dignidad.

Luis Santamaría del Río

MASSIMO INTROVIGNE, *I satanisti. Storia, riti e miti del satanismo* (Milano: Sugarco Edizioni 2010) 438 pp. ISBN: 978-88-7198-587-9

El satanismo o, en un sentido más genérico, todo lo relativo al culto al Demonio en sus diversas formas, continúa siendo en el siglo XXI un fenómeno no muy estudiado por la dificultad de un conocimiento preciso de sus protagonistas y actividades, y normalmente es tratado por los medios de comunicación cuando se produce algún suceso, lo que determina el carácter morboso y a veces sensacionalista de las informaciones relativas al tema. Por eso nos encontramos con un libro necesario, que en sus más de 400 páginas intenta responder a las cuestiones que ya aparecen en el texto de la contraportada: “¿Quiénes son los satanistas? ¿Cuántos hay? ¿Qué ritos celebran? ¿Son peligrosos? ¿Qué podemos hacer para alejar a los jóvenes del satanismo?”. Y nos encontramos con el autor adecuado: Massimo Introvigne, sociólogo e historiador de las religiones, director del CESNUR (Centro Studi sulle Nuove Religioni) de Turín, y uno de los más destacados expertos en el panorama internacional. Introvigne ya había abordado el satanismo en otros ensayos y obras de carácter

enciclopédico, y es la segunda vez que dedica un libro exclusivamente a este tema.

El libro se estructura en tres partes, las tres grandes etapas históricas del culto demoníaco, y está iniciado por una introducción, en la que el autor, antes de comentar la división tripartita de la obra, explica qué es el satanismo, y determina así su objeto de estudio, en el campo de las ciencias sociales: “puede definirse como la adoración o la veneración, por parte de grupos organizados en forma de movimiento, a través de prácticas repetidas de tipo cultural o litúrgico, del personaje llamado Satanás o Diablo en la Biblia, ya sea entendido como una persona o como un mero símbolo” (p. 13). Aunque la definición desde la teología y la pastoral, añade Introvigne, puede ampliar este foco de atención.

La primera parte del libro constituye lo que el autor denomina el “prólogo al Infierno”, los orígenes del satanismo, que sitúa en los siglos XVII y XVIII. Se trata de episodios más o menos aislados, y materiales que después serán utilizados por el demonismo posterior. En el capítulo 1 de este apartado aborda la realidad de Francia en esta época, cuando surge este tema en el ambiente de la brujería y los encuentros clandestinos propios de las brujas, los *Sabbath*. El magistrado Pierre de Lancre publica en 1612 su investigación sobre estos fenómenos, dando los detalles de lo que se llamará después la “misa negra”. Junto a la efervescencia brujeril, encontramos casos de posesiones demoníacas o de espíritus en la sociedad francesa de la época. Durante el reinado de Luis XIV tiene lugar el caso La Voisin, protagonizado por una mujer procesada por realizar toda una liturgia satánica que llegó a incluir sacrificios de niños, y que para Introvigne ya supone un verdadero episodio de satanismo, por su estructuración organizativa y sus rituales. El capítulo 2 nos lleva a Italia, en la que el autor sitúa el quietismo de origen español y sus derivas inmorales como contexto de surgimiento de algunas prácticas satánicas, con sacerdotes y monjas como actores principales de una serie de sucesos sacrílegos. Inglaterra es el escenario del capítulo 3, donde observamos la aparición de los fenómenos de satanismo entre algunos políticos de la época, que llegan a elaborar todo un ceremonial de adoración blasfema al Diablo. Por último, el capítulo 4 explica la situación del culto al Demonio en la Rusia del siglo XVII, en círculos esotéricos influenciados por la obra de John Milton.

La segunda parte aborda el considerado “satanismo clásico”, que Introvigne data entre los años 1821 y 1952. Comienza, en el capítulo 1, con la que denomina “epidemia de anti-satanismo” en el siglo XIX, una época de exageradas reacciones por parte de algunos autores católicos que mezclan el tema del Maligno con los cambios históricos de gran trascendencia, como el demonólogo Alexis Berbiquier y su curiosa lucha contra espíritus y duendes, y otros personajes del

mismo estilo cuya escuela, según el autor, “comporta, para los católicos seriamente interesados en denunciar un complot de los satanistas, el riesgo del ridículo” (p. 81). En este tiempo, hay acusaciones de satanismo subyacente en fenómenos de tipo parareligioso que surgen entonces, como el espiritismo y el mormonismo, o la misma masonería. En la misma línea, el capítulo 2 estudia otros autores y sucesos del tiempo, haciendo hincapié primero en el mundo del ocultismo y el orientalismo, y después en la figura del escritor francés Joris-Karl Huysmans.

El capítulo 3 está dedicado a las conexiones entre masonería, luciferismo y satanismo, con la centralidad del masón Albert Pike (que tenía un brazalete con el que podía invocar directamente a Satanás) y el culto demoníaco llamado “Palladismo” en algunas logias, además de la controversia en torno a Léo Taxil y su radical conversión, que le hizo pasar de ser un furibundo autor anticlerical a un fiero divulgador antimasonónico que afirmaba directamente que los luciferinos eran “precursores de la masonería” (p. 167), y que finalmente anunció en 1897 que todo lo publicado contra la sociedad secreta había sido una burla (concretamente una mixtificación) que demostraba la credulidad de los católicos. Introvigne, después de una profusión de datos y citas, concluye con algunas preguntas y respuestas ante esta fuerte polémica decimonónica en torno al culto satánico tras la masonería y el esoterismo. El capítulo 4, por su parte, introduce y explica la figura fundamental de Aleister Crowley, que configuró el ocultismo demoníaco en la primera mitad del siglo XX a través de las sectas Astrum Argentinum y Ordo Templi Orientis, a pesar de que Massimo Introvigne considera que “Crowley no es un satanista” (p. 204), y sin embargo nadie como él ha ejercido tanto influjo en el satanismo contemporáneo. Además, otros personajes contemporáneos suyos, como René Guénon, Maria de Naglowska o Jack Parsons, configuran el demonismo actual, y no sólo éste, ya que aquí se entremezclan o hunden algunas de sus raíces, movimientos tan variopintos como la Iglesia de la Cienciología (por el pasado ocultista de su fundador) y la Wicca o neopaganismo.

La tercera gran parte del libro está dedicada a analizar, tras los fundamentos puestos con detalle en todo lo anterior, el satanismo contemporáneo, desde 1952 hasta la fecha de publicación de la obra. Los orígenes, hasta 1980, son repasados en el capítulo 1, con una atención especial dedicada a Anton Szandor LaVey, fundador de la Iglesia de Satán, y su peculiar vida y obra, que incluye la codificación ritual de la misa negra, una innegable influencia cultural a través de la literatura y el cine, y sobre todo la redacción de *La Biblia de Satán* y otros libros fundacionales. También se aborda la secta El Proceso (la Iglesia del Juicio Final), fundada por dos ex-cienciólogos, y “la excepción a la regla según la cual todos los movimientos del satanismo contemporáneo, o al menos los de países anglófonos,

encuentran sus orígenes en la Iglesia de Satán de LaVey” (p. 277). Aquí se inserta la figura del célebre asesino Charles Manson, que habría tenido relación con esta secta, aunque nunca fuera miembro, según Introvigne, y cuya tragedia provocó la crisis del grupo. El autor dedica después varias páginas a explicar detalladamente el caso Manson, que considera “una pista falsa”, ya que, entre otras cosas, “nunca se hizo llamar ‘Satán’ por sus seguidores ni por los demás, aunque ocasionalmente sí se presentó a sí mismo como ‘Dios’ o como la reencarnación de Jesucristo” (p. 287). El capítulo 1 termina con el estudio del Templo de Set, fundado por Michael A. Aquino, otra de las sectas luciferinas principales del siglo XX.

El capítulo 2 de esta última parte está dedicado a la “caza de satanistas” que sigue a la controversia antisectas de los años 70, y que comienza en 1980 de la mano de psiquiatras y ex-adeptos (o supervivientes), en lo que Introvigne denomina “antisatanismo laico” con una amplia repercusión social a través de publicaciones y de los medios de comunicación. Por otro lado, está el “contrasatanismo religioso”, sobre todo en el ámbito del evangelismo pentecostal y de la renovación carismática. La década de los 80 trae consigo momentos de encuentro entre estas dos corrientes y un definitivo distanciamiento que se subraya entre los críticos del satanismo (exagerados en sus afirmaciones y abocados a la marginalidad) y sus estudiosos académicos (que corren el riesgo de infravalorar “fenómenos reales como el satanismo ‘ácido’ juvenil y los daños efectivamente causados por los modelos e ideales negativos como los propuestos en los escritos de LaVey, muy difundidos también entre los jóvenes”, p. 371).

Por último, el capítulo 3 estudia la actualidad más reciente del satanismo desde 1995. Comienza con el regreso de la figura de LaVey, el “Papa negro”, y su aprovechamiento de la moda de vampiros y hombres-lobo para volver a difundir el satanismo en la sociedad hasta su muerte en 1997, que origina un mayor surgimiento de cismas satánicos procedentes de su secta. No sólo en los Estados Unidos, sino también en varios países europeos, que ven surgir nuevos grupos adoradores del demonio, deudores de LaVey. En cuanto a la actualidad del satanismo, Massimo Introvigne considera que es imposible ofrecer un elenco de sectas satánicas por el carácter privado de las reuniones de gran parte de ellas, por algunas diferencias doctrinales en torno al carácter personal del maligno y, sobre todo, porque “el panorama se ha modificado profundamente con la llegada de Internet” (p. 381). Según el autor, “contrariamente a las previsiones de Aquino –que habían influido en no pocos estudiosos– el satanismo del siglo XXI no aparece en su mayor parte ‘teísta’ u ‘ocultista’, sino que hunde sus raíces en el ‘racionalismo satánico’ de LaVey” (pp. 382-383). También revisa otras corrientes, como el satanismo rojo que mezcla tintes negros ocultistas con una ideología izquierdista, el satanismo incendiario de la música *black metal* nórdica, y algunas

peculiaridades geográficas de Italia (en concreto las presencia y actividad satánica en Turín y Bolonia), así como algún suceso que ha conmocionado a este país, relacionado con crímenes en torno al culto demoníaco.

Introvigne concluye su libro preguntándose por el futuro del satanismo. Reflexiona sobre el carácter moderno de estas creencias, que van parejas con las inquietudes de la modernidad, y señala que es fácil prever que continúe el movimiento pendular de auge de corrientes satánicas y surgimiento de campañas antisatánicas, en torno a un fenómeno que “cambia de residencia y de paradigmas de referencia: de la subcultura ocultista y mágica a los movimientos del potencial humano y de la liberación psico-sexual, de Crowley a una mezcla de Rand y de Reich, de acuerdo con un camino que LaVey recorrió el primero” (p. 409). También se refiere al potencial destructivo del satanismo y al contexto no poco favorable que le ofrece la cultura contemporánea: “si la historia del satanismo es interesante, es por su valor emblemático de icono de una cierta modernidad” (*ibid.*). Y afirma su perduración en el tiempo, también en nuestro mundo globalizado. Al final, añade una interesante nota bibliográfica por temas y épocas, y el índice onomástico.

Se trata de un libro imprescindible para conocer el satanismo, completo en su tratamiento cronológico y en su amplitud geográfica, ya que no se queda en Norteamérica como hacen otros muchos estudios. Está sobradamente documentado, y da buena idea de ello el completo aparato crítico y la abundancia de fechas, hechos, personas y documentos referenciados también en el cuerpo del texto. El valor de su mirada de conjunto es extraordinario, pues hace una interpretación histórica y sociológica enmarcada en la historia del pensamiento y de la civilización, mostrando la adoración del demonio en sus diversas formas como la cristalización de algunos elementos propios de cada época y lugar. En un tema como éste, muy dado a acercamientos superficiales de tipo periodístico que ahondan en lo sensacionalista, el ponderado estudio de Introvigne es una aportación, como digo, fundamental para entender el fenómeno del satanismo con seriedad y rigor. Además, está completamente actualizado, suponiendo una puesta al día –cuantitativa y cualitativamente hablando– de su monografía anterior sobre este tema (*Indagine sul satanismo*, 1994).

Luis Santamaría del Río